

Escritores clave de la literatura: desde el Trecento a la contemporaneidad

Cuaderno de prácticas

*

Tema 3
Los orígenes de la novela moderna

Grado en Historia del Arte
1º curso
Profesor Juan García Única

Texto I

Del prólogo a *Gargantúa*

Muy ilustres bebedores y vosotros, carísimos sifilíticos (pues a vosotros y no a otros, dedico mis escritos), Alcibíades, en el diálogo de Platón titulado *el Banquete*, alabando a su predecesor Sócrates (sin discusión príncipe de los filósofos), entre otros dichos, lo declara semejante a los silenos. Los silenos eran antaño unas cajitas, como las que vemos ahora en las tiendas de los boticarios, sobre las que se pintaban figuras divertidas y frívolas: arpías, sátiros, pajaritos embridados, liebres con cuernos, patas con albardas, chivos voladores, ciervos en varas y otras figuras semejantes, por gusto hechas al revés para incitar a las gentes a la risa, como hacía Sileno, maestro del buen Baco. Pero dentro se conservaban valiosísimas drogas, como bálsamo, ámbar gris, amomo, almizcle, algalia, pedrerías y otras cosas de gran valor. Con ellos comparaba Alcibíades a Sócrates, pues al ver su físico y juzgarlo según su aspecto exterior, no habríais dado por él una monda de cebolla, tan feo era su cuerpo y ridículo su porte: la nariz puntiaguda, la mirada bovina, el rostro de un lunático, llano en sus costumbres, rústico en su vestimenta, pobre en bienes, desafortunado con las mujeres, inepto para todos los oficios de la república, siempre riendo, siempre bebiendo con unos u otros, siempre de chanza, siempre disimulando su saber divino. Mas, en abriendo esta caja, hallaríais dentro una droga celestial e inapreciable: un entendimiento más que humano, una virtud prodigiosa, un valor invencible, una

.....
NOTAS:

sobriedad inigualable, una serenidad incontestable, una seguridad perfecta, una increíble desprendimiento de todo lo que hace a los hombres andar en vigilia, correr, trabajar, navegar y batallar.

François Rabelais, *Gargantúa* (Alicia Yllera, ed.),
Madrid, Cátedra, 1999 págs. 7-77.

NOTAS:

Texto II

Del prólogo al primer *Quijote* (1605)

Muchas veces tomé la pluma para escribille, y muchas la dejé, por saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaban en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.

(...)

En fin, señor y amigo mío –proseguí–, yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos de la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que me digan lo que yo me sé decir sin ellos.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (Francisco Rico, ed.),
Barcelona, Crítica, 1998, págs. 10-11 y 12-13..

NOTAS:

Texto III

Del prólogo al segundo *Quijote* (1615)

Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote* que te ofrezco es cortada del mismo artífice y del meso paño que la primera, y que en ella te doy a don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados y basta también que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte que esperes el *Persiles*, que ya estoy acabando, y la segunda parte de la *Galatea*.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (Francisco Rico, ed.),
Barcelona, Crítica, 1998, pág. 621.

NOTAS:

Texto IV

Una pisada en la arena

Y llego ahora a una nueva etapa de mi vida. Cierta mañana, a eso del mediodía, yendo a visitar mi bote, me sentí grandemente sorprendido al descubrir en la costa la huella de un pie descalzo que se marcaba con toda claridad en la arena.

Me quedé como fulminado por el rayo, o como en presencia de una aparición. Escuché recorriendo con la mirada en torno mío; nada oí, nada se dejaba ver. Trepé a tierras más altas para mirar desde allí; anduve por la playa, inspeccionando cada sitio, pero nada encontré como no fuera esa única huella. Empecinado, me puse a buscar otra vez preguntándome si no me estaría dejando llevar por una fantasía. Pero pronto hube de desechar esa idea: la huella era exactamente la de un pie humano, con su talón, dedos y forma característica. No podía imaginarme la procedencia de aquel pie, y después de debatir en mí mismo innumerables y confusos pensamientos, regresé a mi fortificación sin sentir, como suele decirse, el suelo que pisaba; tanto era el terror que me había invadido. A cada paso me daba vuelta a mirar en torno, confundía los arbustos y árboles y creía ver un hombre en cada tronco. Imposible es describir las distintas formas en que la imaginación sobreexcitada me hacía ver las cosas, las extrañas ideas que cruzaban por mi mente y hasta qué punto me dejé arrebatar por sus enfermizas fantasías mientras hice el camino de regreso.

NOTAS:

Al llegar a mi castillo –como creo que le llamé a partir de entonces– entré en él como un perseguido. Si lo hice mediante la escalera en la forma ya descrita, o entré por la abertura de la cueva, es cosa que no recuerdo. ¡Nunca una liebre corrió a su cueva ni un zorro a la suya con mayor espanto que el mío al entrar en mi morada!

No dormí en toda la noche. Cuanto más tiempo transcurría desde el descubrimiento mayores eran mis aprensiones, al contrario de lo que parecería natural en tal circunstancia, sobre todo teniendo en cuenta la habitual reacción de los hombres ante el miedo. Tan aplastado quedé por el peso de mis fantasías en torno a lo que había descubierto, que a cada instante estas iban en aumento aunque ya era tiempo de serenarme. De pronto se me ocurría que la huella era del diablo, y hasta encontraba apoyo razonable a tal suposición, porque ¿cómo podía haber llegado otra criatura con forma humana a la isla? ¿Dónde estaba el barco que la trajo? ¿Por qué no había otras señales de su paso? ¿De qué manera había podido un hombre llegar allí? Pero casi de inmediato me ponía a pensar lo contrario. ¿Por qué iba Satanás a adoptar forma humana en aquella playa donde nada había que pudiera interesarle? ¿Y por qué dejar su única huella en un sitio donde no había seguridad ninguna de que yo alcanzara a verla? Nada de eso tenía consistencia. Me dije que el diablo conocía infinidad de maneras más efectivas para aterrorizarme – si se lo hubiera propuesto– que dejar una señal en la playa; por otra parte, habitando yo en el extremo opuesto de la isla, ¿no hubiera sido más lógico que estampara allí la huella, y no en un sitio donde había diez mil probabilidades contra una de que no la viera? ¿Y por qué en la arena, donde el primer embate del mar la

.....
NOTAS:

borraría sin dejar rastro? Todo esto parecía incoherente ante el hecho mismo y la idea que habitualmente nos formamos de la sutileza del demonio.

Daniel Defoe, *Robinson Crusoe* (Julio Cortázar, trad.),
Barcelona, Mondadori, 2007, págs. 159-161.

NOTAS:

Texto V

***Argumentum ad hominem* en una novela «a la manera de Cervantes»**

Cuando el doctor Slop hizo su entrada en la antesala, mi tío y mi padre discutían acerca de la naturaleza de las mujeres. Resultaba difícil identificar al doctor Slop y su presencia más bien les causó sorpresa que otra cosa. Ocurrido el accidente tan cerca de la casa, al no haber tenido tiempo Obadiah de enmendar nada, dejando al doctor seguir adelante sin sacudirse, sin adecentarse y sin secarse todas sus pellas de barro, su aparición fue como la del fantasma de Hamlet, silencioso e inmóvil durante más de un minuto y medio en la sala, todavía de la mano de Obadiah y en plena majestad de barro. Sus recónditas partes, sobre las que había recibido la caída, se encontraban embadurnadas a conciencia mientras otras regiones de su cuerpo mostraban tan a las claras las salpicaduras de la explosión de Obadiah, que bien podría jurarse (sin reserva mental) que no se había desperdiciado un ápice del cieno esparcido.

He aquí una buena ocasión para que mi tío hubiera obtenido un triunfo sobre mi padre tomándose la revancha, pues cualquiera que hubiese visto al doctor hecho una sopa, podría haber encontrado buenas razones para abonar la opinión de mi tío, «Quizá a mi hermana no le apetezca consentir al doctor Slop que se acerque tanto a su * * * *». Pero eso constituía un *argumentum ad hominem*, y

.....
NOTAS:

como mi tío no se mostraba muy experto en ese particular, fácil es imaginar que no supiera utilizarlo. No, la verdad es que no iba con su carácter insultar a nadie.

Lawrence Sterne, *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* (Fernando Toda, ed.), 6ª ed., Madrid, Cátedra, 2005, págs. 154-155.

NOTAS: